

Marchena Fernández, Juan, "Arrancando una motocicleta",
AMERICANÍA, N.º1, enero 2011, pp. 4-7.



ARRANCANDO UNA MOTOCICLETA

JUAN MARCHENA FERNÁNDEZ

Director de *Americanía*.

Revista de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla

Americanía es hoy una realidad gracias al esfuerzo de unas y unos pocos, que, muy jóvenes, han querido brindarnos esta plataforma de comunicación al servicio de la historia latinoamericana y de quienes la hacen, la construyen o la edifican cada día. Son los que han tomado el testigo de otros que, como yo, llevamos años en esta hermosa tarea universitaria, y sobre todo, interuniversitaria y transoceánica.

Americanía es una puerta abierta precisamente al intercambio de trabajos de historia latinoamericana, de los y las más jóvenes pero también de los más maduros. Bien horizontal, además. Una revista que tiene ya su propia historia.

Surgió en el seno de un equipo que comenzó a gestarse, y a funcionar, en unos pinares onubenses conocidos como la Rábida, a primeros de los noventa. De la mano de Juan Carlos Garavaglia, Jorge Gelman, Enrique Ayala, Alfonso Múnera, Juan Marchena, Antonio Ibarra, George Lovell, Tristan Platt, Miquel Izard, Bernard Lavallo o Consuelo Naranjo, entre otros y otras, con visitas esporádicas de Manuel Moreno Friginals, Pedro Cunill, Carlos Sempat Assadourian, Rina Cáceres, Marcelo Carmagnani, Heraclio Bonilla, José Carlos Chiaramonte, Franklin Pease o Antonio Annino, por citar solo los que me vienen ahora a la punta de los dedos sobre el teclado... Todos comenzamos a dictar unas formidables Maestrías en Historia de América Latina a las que acudían veintitantos jóvenes y jóvenes del continente americano y de Europa cada año, que coordinábamos Garavaglia y Marchena, a los que

luego se nos unió Gelman. Surgió así una red académica estupenda que se caracterizaba por dos cosas: una, porque el nivel de entusiasmo colectivo era bastante alto, proporcional al científico; y otra, porque se demostraba cómo se puede ser a la vez buena persona y a la vez buen académico. No era necesario ser un ogro para ascender al parnaso. Y alguno y alguna de entre nosotros eran, además, hasta simpáticos. La corta distancia eliminaba mitos. En otros casos los construía.

De la Rábida, en 1997, el programa saltó a la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, recién fundada entonces, convertido ahora en programa de Maestría y Doctorado, pero manteniendo el mismo esquema: un programa de alta excelencia pensado fundamentalmente para crear doctores de calidad en el continente americano, y contando con la colaboración de una treintena (por año) de profesores, procedentes de universidades americanas, europeas y españolas. Así, en estos años, más de cuarenta de nuestros egresados ya se han doctorado.

Por tanto, desde 1994 que comenzamos en la Rábida hasta este año 2011 que continuamos en la Olavide, han sido dieciséis ediciones de los cursos, por los que han pasado más de 400 estudiantes contando con no menos de cien profesores. Ese es el capital humano con el que parte esta revista *Americanía*. A su servicio está. Y al de todos y todas los que quieran sumarse. Es, por tanto, un producto, una suma si quieren. Una conclusión elemental.

Americanía no tiene línea editorial. Me pidieron que escribiera aquí mis impresiones personales de cómo yo veo el asunto este de ser o sentirse o pretender o intentar ser historiador de América. Siempre me interesó la historia que tiene en los hombres y las mujeres latinoamericanas, en la vida humana en general, su objeto de estudio, porque considero a esa vida humana -individuos, grupos, sociedades, realizaciones, andaduras- el verdadero sujeto de la historia. Y leer sus documentos infinitos: resultados de actos administrativos, o políticos, públicos o privados, pero también textos literarios, y piedras y topónimos... Y poseer la formación suficiente, manejar el método adecuado, como para hacerlos hablar. Todavía recuerdo a Moreno Friginals cuando con su voz de trueno nos decía aquello de... "Quien no maneje e interprete las cifras, quien desprecie las matemáticas, jamás será historiador. Quien sea

incapaz de comprender la belleza extraordinaria y el fabuloso mundo intelectual que hay detrás de un híbrido del maíz, una maquinaria o un nuevo alimento para el ganado, jamás será historiador. Quien no sienta la alegría infinita de estar aquí en este mundo revuelto y cambiante, peligroso y bello, doloroso y sangriento como un parto, pero como él creador de nueva vida, está incapacitado para escribir historia. Y quien en esta hora no sienta el deber de crear; quien no sienta el deber de estar aquí aunque sea simplemente quemándose como leña en este fuego; quienes no estén más allá de tu libro y el mío, de te-escribo-la-nota-de-tu-libro para que luego tú-me-escribas-la-nota-de-mi-libro, jamás podrán ser historiadores”.

Se me ocurre pensar ahora que en estos tiempos, cuando las sociedades derivan hacia un vacío ético que produce frío, cuando el estupefaciente del capital parece que ha surtido efecto, cuando -parafraseando a Conrad- nos convencemos de que en el corazón del sistema solo hay tinieblas, cuando la exigencia de la competitividad y la búsqueda de la “calidad” y la “excelencia” son requerimientos del poder para evitar nuestra emergencia y consumir nuestra voluntad -no más preguntas, nos dicen, abandonen tanto narcisismo teórico-, cuando todo lo que importa se desmorona -nos sentimos tentados a pensar-, ser historiador se transforma ahora en una misión imposible; y excéntrica; e inútil –saquen esas costosas facultades de humanidades de las universidades, pontifican algunos-; y peligrosa, nos advierten, ustedes resucitando muertos, reviviendo temores, reclamando pasadas injusticias, recuperando memorias...

Si antes era difícil ser historiador o historiadora, ahora nos lo han puesto casi imposible. No sólo se nos muestra como “curiosos” en este mundo pragmático, sino que nosotros mismos nos exigimos, con una nueva visión de nuestra disciplina, una cultura previa tan diversificada como técnica que nos demanda una formación exhaustiva en muchos campos: jurídico, económico, estadístico, lingüístico, informático, político, arquitectónico, literario, artístico, antropológico, sociológico, arqueológico, matemático, y un notable conocimiento de las técnicas de las ciencias naturales aplicables a la historia. Además, surgiendo en unos campos de análisis cada vez más interdisciplinarios, armados apenas de un destornillador, acercándonos a la verdadera acepción del término ciencia, y a la vez entendiendo que la vida es demasiado fluida y no puede ser reducida a una progresión lineal y unívoca. Y aceptando la urgencia de

nuestras sociedades, que nos demandan cada vez más, aunque no lo expliciten, en el sentido de tener que crear pensamiento en mitad de un paisaje devastado.

Pero bueno, estos jóvenes y jóvenes que arrancan con *Americanía*, y el grupo de personas que los apoyamos, pensamos que es necesario construir una motocicleta que nos lleve por los caminos de la historia del continente americano: carreteras, cuevas, barrancas, rutas, pistas, asfaltadas, apisadas, aserruchadas... Sé por experiencia que construir una motocicleta no es fácil, y los caminos son siempre laberínticos. Pero ahí van los jóvenes de *Americanía*. Y yo con ellos. Allinyaruchkanñam punchauja, que en quechua quiere decir, está mejorando el día. ¡Seguro!